



historia y cultura

PAREJA, SEXUALIDAD Y FAMILIA EN LOS AÑOS SESENTA

isabella cosse

 **siglo veintiuno**
editores

isabella cosse

Es historiadora. Obtuvo su licenciatura en la Universidad de la República (Uruguay) y el doctorado en la Universidad de San Andrés. Es investigadora del CONICET, profesora de posgrado en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de General San Martín y FLACSO-Argentina. Además, ha dictado cursos en la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Quilmes y la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Entre sus publicaciones se cuentan los libros *1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura* (1996, en coautoría con V. Markarian) y *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955* (2006), además de numerosos artículos en compilaciones y revistas argentinas y extranjeras como *Entre pasados*, *Anuario del IHES*, *Estudios Demográficos y Urbanos* (México), *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv) y *Journal of Family History*.

Imagen de cubierta: tomada de *Chabela*, n° 414, noviembre de 1970.

PAREJA, SEXUALIDAD Y FAMILIA EN LOS AÑOS SESENTA

una revolución discreta en buenos aires

isabella cosse

Índice

Introducción	11
1. Reglas del cortejo y el noviazgo	25
Noviazgo y orden familiar	26
La libertad y sus límites	39
Sociabilidades informales	41
Reconfigurar las reglas	50
Crear anti-reglas	55
Noviazgos: entre la redefinición y la abolición	61
2. Una revolución sexual discreta	71
El paradigma doméstico	72
Mandato virginal	73
“Debut” y virilidad	78
El “franeleo”: deseos y temores	80
Viejos y nuevos pecados	86
Réquiem para el mandato virginal	88
Repensar el “debut” masculino	96
Sexo: prueba, amor y flirteo	101
3. El ideal conyugal y su crisis	115
Matrimonio y domesticidad	116
El estado conyugal	118
Compañeros en desigualdad	124
Crisis del matrimonio y apogeo de la pareja	128
Compañerismo: desafíos de la unidad y conflictos por la igualdad	131
La pareja militante	142

Matrimonio cristiano y radicalización política	147
Alternativas al matrimonio de por vida	153
4. Ser madres y padres	161
Maternidad: afirmación y reconfiguración	162
Un padre afectuoso y próximo	177
Certezas, desconciertos y renuencias	193
Conclusiones	205
Notas	217
Fuentes y bibliografía citada	241

esta investigación se inscribe en los recientes aportes de los estudios de género y la historiografía de la familia, que han sustituido las claves de las investigaciones “clásicas” sobre la modernización familiar, para examinar procesos de mediana y corta duración, atender a las variaciones de clase, género, raza y cultura, otorgar a la familia un papel activo en el cambio histórico y valorizar el estudio de la cultura y la ideología.⁹ En este marco, los antecedentes acuerdan que en la Argentina de las décadas de 1930 y 1940 alcanzó su punto de cristalización un modelo familiar basado en la pauta nuclear, la reducción del número de hijos, la intensidad afectiva y la división entre la mujer ama de casa y el varón proveedor.¹⁰ Como mostraban los libros de lectura, los avisos publicitarios y los folletines sentimentales, ese modelo, que aquí llamaremos “de domesticidad”, delineó la normatividad social.¹¹ Esa hegemonía no radicó en que los hogares se convirtieran en réplicas del modelo, sino en que éste hiciera las veces de rasero para definir lo que supuestamente era una familia “natural”, “deseable” y “correcta”.¹² Tal carácter homogéneo y excluyente asumió especial densidad porque operó sobre una realidad definida por la diversidad de formas familiares, en concordancia con un país que, como toda América Latina, estaba y está atravesado por profundas diferencias sociales, culturales y étnicas.¹³

No casualmente, en las primeras décadas del siglo XX, los comportamientos y los valores familiares asumieron especial significación como arena de las disputas por la preeminencia social. En esos años, la familia fue una dimensión central de las formas de diferenciación que se dio la clase alta para establecer nuevas fronteras que la preservasen frente a una sociedad que crecía en forma rápida, tumultuosa y amenazante.¹⁴ Simultáneamente, las

aspiraciones de respetabilidad de los nuevos sectores sociales en ascenso –los “advenedizos” que inquietaban a la alta sociedad– calaron en forma paradigmática en sus comportamientos familiares. No sólo porque la familia fue importante en las estrategias para mejorar la posición social (como sucedió con la reducción de la natalidad o las inversiones en la educación), sino también porque dotó de identidad a esos sectores, permitiéndoles asociar ciertos criterios morales con su propia posición social. Es decir: tener una familia doméstica les otorgaba prestigio y respetabilidad y los diferenciaba de los sectores populares.¹⁵ Con ello, se potenciaron las dinámicas de discriminación en función de las supuestas “irregularidades” familiares, encarnadas en los nacimientos “ilegítimos”, los concubinatos y las madres solteras.¹⁶ En ese proceso, la clase media urbana se convirtió en el vector de una normatividad social que la excedía, por ser el efecto de naturalización de un estándar que concebía las diferencias como desviaciones.

De este modo, la pregunta por los cuestionamientos al modelo doméstico en los años sesenta supone ubicar en el eje del problema esos estándares que naturalizaban una normatividad social que ocluía la pluralidad de patrones y valores familiares. Esta indagación adquiere especial fuerza al conectarla con la centralidad de los jóvenes en esos años. En nuestro país, al igual que en otras latitudes, los jóvenes emergieron en ese período como actores decisivos del escenario social, cultural y político, y protagonizaron distintas formas de contestación.¹⁷ Ello conduce a interrogarse por los cuestionamientos al modelo doméstico, concibiéndolos como una ruptura generacional por la cual los jóvenes habrían quebrantado las pautas en la normatividad social que signó la vida de sus progenitores. Desde este ángulo, a pesar de las críticas, la noción de *generación*, entendida aquí como un grupo de personas que se distingue de forma significativa de otros grupos por su experiencia compartida, tiene especial interés por dos razones. Primero, porque refiere a una interpretación propia de la época, según la cual las transformaciones eran motorizadas por las nuevas generaciones, abiertas a las innovaciones, en oposición a los adultos. Segundo, porque permite advertir las diferencias entre el modelo que había regido la vida de los progenitores y los cambios

inaugurados por los jóvenes en los años sesenta y, al mismo tiempo, las distancias que existieron entre los propios jóvenes según el momento de su socialización que definió el contexto de su experiencia. Estas fracturas generacionales en relación con los valores familiares se inscribieron, a diferencia de lo sucedido en Europa y Estados Unidos, en un escenario de incremento de la represión moralista y ascenso del autoritarismo.¹⁸

Para comprender los cambios en la normatividad social y las claves generacionales, analizaremos la constitución de la pareja heterosexual y la formación de una familia, es decir, procesos que transcurrían en las etapas de juventud y que representaban hitos clave del pasaje a la edad adulta. Concretamente, reconstruiremos las mutaciones de los códigos de conducta y los significados que –forjados social, cultural e históricamente– establecían el contexto en el cual los varones y las mujeres se conocían, se unían y formaban una familia.¹⁹ Como sabemos, esas convenciones y patrones de comportamiento no definen ni la vida ni las conductas de las personas, pero sí establecen los marcos sociales sobre lo considerado correcto y adecuado en determinado espacio social y tiempo histórico.

En nuestro caso, el epicentro está definido por el modelo de domesticidad que se articuló con la identidad de la clase media en ascenso, especialmente la de Buenos Aires, pero que la trasciende, porque –como explicamos– quedó asociado con la movilidad social y naturalizado como un estándar universal. Iniciamos esta historia de los años sesenta una década antes, a fin de contar con una reconstrucción detallada del momento inicial que facilite comprender la envergadura y la significación tanto de las transformaciones como de las permanencias. El análisis se detiene a mitad de la década de los setenta porque el golpe de estado de 1976 constituyó un punto de inflexión y abrió otra etapa histórica que requiere, en nuestro caso, un análisis con entidad propia.²⁰

La investigación privilegió como fuentes los medios de comunicación, en particular algunas revistas, como forma de abordar el estudio de los cambios en los estándares instituidos. Con ello, priorizó a las audiencias que, por oposición a las vanguardias culturales, poseen escala pública y masiva, aun cuando se dirijan a

diferentes segmentos del público. Los años sesenta dinamizaron el mercado de revistas que había crecido en los años cuarenta, beneficiándose del detenimiento de las importaciones desde Europa por la Segunda Guerra Mundial y del surgimiento de nuevas editoriales que, como Abril, permitieron una nueva articulación entre los intelectuales, el mercado y el público masivo. Para ese entonces, la lectura de revistas estaba integrada a las prácticas culturales de amplios sectores sociales, en especial de la clase media y trabajadora.²¹ En 1958, en nuestro país se vendían casi cinco millones de revistas mensuales, y en 1973 el número rondaba los seis millones. En ese lapso, la renovación del campo cultural expandió el fenómeno y delineó un nuevo periodismo que se embanderó con la modernización cultural y acicateó al mercado de revistas en su conjunto con nuevos estilos de comunicación, diversificación de la oferta y dinámicas competitivas, todo lo cual creó públicos cada vez más específicos.²² Sus contenidos y formatos son considerados aquí como el resultado de la relación entre los editores, el mercado y el público, en un contexto definido por la censura, la radicalización cultural y la polarización política.²³ Por eso, la elección de las publicaciones analizadas favoreció la heterogeneidad y consideró tanto el género y estilo de cada revista como su posicionamiento en términos de mercado y público.

Estas fuentes se complementaron con otras. Por un lado, recurrí a programas radiofónicos, comedias televisivas y manuales de sexología y crianza, además de registros, estadísticas, leyes, ensayos y memorias. Por el otro, realicé treinta y cuatro entrevistas a protagonistas de la época. Entre los archivos, tuvieron especial importancia los de Abel Santa Cruz, Celia Alcántara y Eva Giberti, y el Archivo Oral de Memoria Abierta. Estos dos últimos archivos y las entrevistas fueron especialmente útiles para comprender la experiencia de los propios sujetos a los que se dirigían los medios de comunicación y los expertos, a pesar de que los recuerdos estén siempre mediados por el carácter presente de la memoria.

Basándome en estas fuentes, aposté a una reconstrucción minuciosa de los cambios en las pautas de comportamiento y las convenciones que regulaban la unión de una pareja y la formación de una familia. Esta decisión tuvo dos presupuestos. El primero era

que la observación de pautas específicas y concretas –y la emergencia de patrones alternativos al *statu quo*– ofrecería la posibilidad de dimensionar el grado en el cual se había trastocado el orden establecido. El segundo apuntaba a que una descripción pródiga en detalles facilitaría la comprensión del significado que las innovaciones habían tenido en la propia época y sus implicancias de género, pertenencia sociocultural y generacional.²⁴

En los años sesenta emergieron múltiples fisuras que, con diferentes intensidades y significaciones, afectaron de modo contradictorio las bases del modelo doméstico y compusieron una revolución discreta. Esto se pone de relieve en la emergencia simultánea de diferentes patrones, atravesados por las continuidades, que posibilitaron incorporarse a las transformaciones desde disímiles pertenencias socioculturales y generacionales y que, al mismo tiempo, comportaban sentidos distintos para varones y mujeres. De tal modo que, a comienzos de los años setenta, los jóvenes que se conocían, atraían y formaban una pareja lo hacían en una época de transformaciones con nuevos patrones de comportamiento, que desafiaban los que habían regido cuando sus padres formaron sus familias, y con otros, más moderados, que reactualizaban los mandatos. En ambos casos, las mutaciones operaban sobre un proceso contradictorio, marcado por una inédita imbricación entre las innovaciones y las continuidades, en una época dominada por la certeza de los cambios y por la incertidumbre sobre el sentido que éstos asumirían. La organización del relato da cuenta de esa interpretación. La secuencia del texto reproduce el curso socialmente esperable de la relación entre un hombre y una mujer: la atracción, la unión y la procreación. Ello refiere a las continuidades del modelo de familia, mientras que cada capítulo revela que esas permanencias estuvieron atravesadas por transformaciones que, al mismo tiempo, amalgamaban lo nuevo y lo viejo.

El primer capítulo analiza las pautas del cortejo entre un varón y una mujer desde que se conocían hasta que formaban una pareja. En primer lugar, describe cómo en los años cincuenta las pautas rígidas –organizadas en estadios en función del matrimonio– habían comenzado a ser erosionadas por la aparición de una

sociabilidad más distendida, un trato más desenvuelto con citas a solas y estilos de noviazgo más flexibles. En segundo lugar, muestra que la institucionalización de esas innovaciones en los años sesenta fue simultánea a la emergencia de nuevas convenciones vertebradas sobre el rechazo de las formalidades. Este desarrollo revela la coexistencia de diferentes patrones en el marco de las distintas experiencias de los jóvenes, y los disímiles efectos de la cultura de masas y la psicología.

El segundo capítulo aborda las pautas sexuales que regían el cortejo y el noviazgo. Primero, describe la vigencia en los años cincuenta de un paradigma sexual caracterizado por asociar el sexo con lo pecaminoso, y entronizar una doble moral sexual (con el mandato virginal para las mujeres casaderas y la rápida iniciación de los varones) que conducía a aceptar veladamente la estimulación sexual (sin consumir la relación) en los noviazgos. En segundo lugar, sostiene que en los años sesenta el fin de las interdicciones que pesaban sobre el tratamiento público de la sexualidad dio lugar a fuertes contiendas por la redefinición de la moral sexual. Ello condujo a cuestionar la importancia de la virginidad femenina y a criticar la iniciación sexual de los varones con prostitutas. Simultáneamente, se consolidaron tres diferentes patrones de conducta, que habilitaban el sexo como prueba para el matrimonio, como modo de expresar el amor o como parte del flirteo. Esta descripción insiste sobre la importancia de las dualidades del proceso de cambio, la coexistencia de patrones con diferentes alcances, difusión y significados, y las permanencias de las desigualdades de género.

El tercer capítulo trata sobre el modelo conyugal. En primer lugar, delinea el ideal matrimonial en los años cincuenta, estructurado por el casamiento para toda la vida y el compañerismo con jerarquía de roles. En segundo lugar, explica que los cuestionamientos de los años sesenta no impugnaron el valor de la unión estable, monogámica y heterosexual sino el estilo doméstico de matrimonio. Por un lado, analiza la revalorización del compañerismo y señala que éste se vio atravesado por los conflictos generados por las aspiraciones de equidad de las mujeres; luego estudia las peculiaridades que las tensiones entre la unidad y la igualdad asumieron entre las

parejas militantes y los matrimonios radicalizados del Movimiento Familiar Cristiano. Por el otro lado, propone que el matrimonio indisoluble fue corroído por el afianzamiento de una cultura divorcista y las más controvertidas uniones libres. Este desarrollo permite entender que el consensual diagnóstico de la crisis del matrimonio condujo a una redefinición del significado de las uniones que, lejos de corroer su importancia, las valorizó.

El último capítulo estudia las ideas sobre la maternidad y la paternidad. En primer término, narra cómo desde comienzos de los años cincuenta se fue estructurando un paradigma psicológico de crianza que reafirmaba la importancia de la condición maternal en función de la estabilidad psicológica y la autonomía de los niños. Luego, describe la relevancia de ese paradigma en los años sesenta y las crecientes exigencias que significaron para las mujeres las torsiones en las concepciones sobre la maternidad. A continuación, analiza la emergencia de un nuevo modelo de paternidad que requirió de los varones una mayor participación en el cuidado de los hijos y una relación afectiva más próxima, coloquial y fluida con ellos. Finalmente, aborda las heterogéneas reacciones que generó el nuevo paradigma entre las madres y los padres: sus desconciertos, resistencias y apropiaciones.

A lo largo de estos capítulos he procurado una reconstrucción del proceso de cambio que revelase toda su ambigüedad y su contingencia; pero, también, que mostrase los desafíos que introdujo respecto del modelo instituido. Esto supuso un esfuerzo por recobrar el sentido que les otorgaron los contemporáneos a transformaciones que hoy pasan por *naturales*, al confrontarlas con las imágenes mitificadas de la revolución sexual en otras latitudes o con el horizonte actual de las discusiones sobre la normatividad familiar. En estas páginas aspiro a descubrir esas conmociones que afectaron prácticas cotidianas de las relaciones entre varones y mujeres y entre padres e hijos, muchas de las cuales no sólo no alteraron sino que reafirmaron la importancia de la nuclearidad, la pauta heterosexual y la estabilidad de la pareja como marco ideal para la crianza de los hijos.

Estos esfuerzos asumen especificidad de cara a los retos que supone hacer una historia de la vida cotidiana en los años sesenta.

Investigar este período significa internarse en una época que puede ser evocada por la memoria social viva. Los protagonistas no sólo pueden recordar los fenómenos aquí estudiados sino que, al hacerlo, proyectan el impacto que esas transformaciones tuvieron en el derrotero de sus vidas, uniendo su biografía individual con la historia colectiva. “Yo lo viví.” Escuché esa frase una y otra vez, a lo largo de la investigación. El énfasis en la autoridad emanada de la propia experiencia descubre un dilema consustancial a la pretensión de investigar un tiempo cercano y una dimensión cotidiana. Nuestra reconstrucción está interpelada por la memoria de los protagonistas, que inevitablemente confrontarán la multiplicidad de su experiencia con el resultado de una indagación histórica que no puede contenerla por completo. Lo dicho revela los potentes hilos que atan esta indagación con el pasado habitado por nuestros mayores y que se extienden, a través de ellos, a mi generación. Eso le otorga una especial densidad a la época que estas páginas tratan de convertir en historia.

isabella cosse
**pareja, sexualidad y familia
en los años sesenta**

historia y cultura

Pensar los años sesenta es evocar imágenes ligadas al protagonismo de los jóvenes y, en general, a la ruptura con la moral sexual y familiar vigente en las décadas previas. Si antes imperaba el mandato de la virginidad hasta el matrimonio, los noviazgos formales, la esposa ama de casa y el varón proveedor, en los sesenta se afirman innovaciones que legitiman los vínculos más libres, el goce sexual, la proyección profesional de la mujer y una mayor participación del hombre en el cuidado de los hijos.

Este libro describe las mutaciones que afectaron los vínculos entre varones y mujeres, y entre padres e hijos, en el lapso que va de 1950 a 1975. Además, se pregunta por el alcance de esos cambios: ¿en qué medida los modelos heredados fueron cuestionados, en qué medida puede hablarse de continuidades? Para responder estos interrogantes, Isabella Cosse revisa con rigor crítico y fruición las revistas del momento –una diversidad que va desde *Claudia* y *Para Ti* hasta *Primera Plana* y *Los Libros*–, los manuales de sexología y crianza, las leyes, las encíclicas, las memorias de los protagonistas de la época. Y revela la existencia de múltiples fisuras que, con diferentes intensidades y sentidos, compusieron una revolución discreta.

Poniendo el foco en la vida cotidiana y la subjetividad, este ensayo logra echar luz sobre un periodo clave, en el que personas con disímiles pertenencias socioculturales y generacionales se sintieron interpeladas a pensar qué era lo correcto y lo deseable en las relaciones familiares.

 **siglo veintiuno**
editores

ISBN: 978-987-629-137-8



9 789876 291378